

843
6.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PA2235
.D6
75

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



LA NIANIA

I

Antonia Karzof acababa de cumplir diez y nueve años; aun resonaban en los oídos de sus padres y amigos los acordes de los violines, pues este acontecimiento se celebró con un baile; el traje blanco, adornado con los tradicionales capullos de rosa, no había tenido tiempo de ajarse, y sin embargo, la señorita Karzof era víctima de la más cruel preocupación. Los rayos de un pálido sol de primavera alumbraban el vasto salón, un poco sombrío, en donde se bailó ocho días antes; el piano, abierto, sostenía una partitura á cuatro manos, demostrando una visita reciente; pero Antonia no pensaba ni en el sol ni en la música; esperaba á alguien, que no llegaba.

Veinte veces fué de la ventana á la puerta de la antecámara, para volver á la ventana; fué á su lindo gabinete, que daba al salón, enderezó una de las ramas de los arbustos, arregló un pliegue de la cortina, no empleando en esto más de cinco minutos, ¡el tiempo pasaba por una lentitud implacable!

—¿Ha vuelto mi madre?—preguntó Antonia á una criada anciana que apareció en la puerta del comedor.

—Aun no, mi querido angel—repuso la vieja.

Antonia se dejó caer en un sillón, haciendo un ademán de impaciencia, y se oprimió las sonrosadas y delicadas manos.

—No tardará, tesoro mío—añadió la anciana.—¿Por qué estás hoy tan impaciente?

—No es la vuelta de mamá la causa de mi impaciencia.

La vieja criada lanzó un suspiro, desapareciendo sin hacer ruido, en la misma forma en que vino; nadie la oía nunca andar.

Antonia, con los ojos fijos en el luminoso rastro de un rayo de sol que caminaba con lentitud sobre el suelo, se puso á reflexionar con detención en el pasado. Sus recuerdos se remontaban á dos años atrás. Era en la casa de campo de sus padres donde entonces comenzó á encontrar en la vida un nuevo encanto que le era indefinible. Durante la época de vacaciones, su hermano, estudiante de la universidad de San Petersburgo, había llevado á dos amigos para prepararse juntos para los exámenes.

¿Por qué unos de estos jóvenes le era á Antonia tan indiferente como la hierba del césped sobre la cual conversaban juntos por la tarde? ¿Por qué las atenciones de este joven le eran desagradables? ¿Y por qué el otro, el cual apenas le hablaba, se había convertido en el objeto de sus secretos pensamientos? Tal vez esto lo pudiese explicar la teoría del desarrollo de las afinidades.

Dournof apenas miraba á Antonia, casi no le hablaba, nunca le dirigía cumplidos y en apariencia apenas se ocupaba de ella; era un muchacho de unos veintidós años, robusto, moreno, cuyo exterior carecía en absoluto de poesía, si se entiende por poesía

el romanticismo sentimental que hace escribir tantos libros absurdos y cometer tantas acciones ridículas. Pero el aspecto de Dournof respiraba independencia, honradez y lealtad; reía con franqueza mostrando sus hermosos dientes, que un dentista hubiese hallado demasiado largos, pero que eran blancos y sanos; era joven, listo, no conocía obstáculos, y la libertad tiene su poesía propia.

Dournof no miraba á Antonia, en los frecuentes reuniones que se dan en el campo, en donde se suele bailar de continuo, ó en los inocentes juegos de prendas, pero era seguro encontrarle á su lado. Nadie podía comprender esta asiduidad puesto que no cambiaban ni dos palabras. Sin embargo, cuando Dournof concluía de leer un libro era muy raro que no pasase á manos de Antonia. Pero en esto nada había de extraño.

La señora Karzof, que no había nacido para grandes empresas, siguió el ejemplo general, convertido en moda durante los últimos años, y fundó una escuela libre en la aldea. Como era lógico, Antonia se encargó de las niñas, su hermano Juan quiso encargarse de los muchachos, pero era un soñador que olvidaba la escuela para ir á recorrer el bosque con otro compañero, llamado Marontine, llevando la escopeta al hombro, que le servía para matar muy poca caza..., y Dournof tomó la costumbre de reemplazarle en la escuela; haciéndolo, según decía, para que no dejase de haber quien enseñara.

Antonia y él iban juntos sin darse el brazo, entrando cada cual en la cabaña que les servía de aula, y con frecuencia también regresaban juntos. De esta manera pasó el verano. Siempre se hablaban muy poco, pero algo más que al principio. Las vacaciones de la Universidad tocaban á su fin, las hojas de los tilos comenzaban á caer sobre el césped. Antonia, siempre seria, había adelgazado un poco, sus me-

jillas estaban menos sonrosadas que en la primavera; á veces, con cualquier excusa, se retiraba temprano. Su madre la seguía con inquietud á su gabinete, hallándola sentada en un sillón, con los brazos caídos, sin más enfermedad que un poco de fatiga.

Un día que Antonia salió de la escuela un poco más tarde que de costumbre, halló que Dournof le esperaba. Sentado sobre unos troncos de madera que había bajo un cobertizo contemplaba el joven el camino. Al ruido que hizo la puerta se puso en pie, y Antonia recibió en su semblante una mirada tan profunda, tan expresiva, que bajó los ojos.

Caminando juntos se dirigían hacia la casa cuando Dournof, deteniéndose de repente, dijo á Antonia:

—Tengo que hablarle.

Se detuvieron al lado de un pozo, cuyo brocal estaba construido con troncos de abeto casi sin desbastar, entrelazados entre sí; el agua llegaba casi á flor del suelo, y un cubo de madera ennegrecido por su mucho uso flotaba en medio de las hojas amarillentas que el viento del otoño arrojaba al agua en revueltos torbellinos. El montante que servía para sostener el cubo, se perdía entre las ramas bajas de los árboles; la cerca del jardín, elevada y espesa, daba un fondo de verdura á tan rústica construcción; pues la hierba crecía por todas partes. A semejante hora nadie iba al pozo: á diez metros de las casas, el sitio era tan solitario como en el fondo de un bosque.

Antonia sintió latirle el corazón; temía que Dournof oyese sus latidos: tan terribles le parecían. El joven permaneció un instante ante ella mirándola con fijeza.

—Es usted una señorita rica—empezó diciendo.

—Yo no soy rica—interrumpió Antonia con viveza.

—Tal vez no lo sea usted para la sociedad en que

vive, pero sí en comparación con el nieto de un sacerdote, que no posee ninguna fortuna. Su familia es noble.

Antonia quiso hablar, hizo un ademán y se detuvo.

Mi origen es obscuro, pues acabo de decirle que mi abuelo era sacerdote. Mi padre un pobre *rasca papeles* en una administración de provincias; ha adquirido nobleza hereditaria por ancianidad, y he aquí, por qué yo puedo poner una corona en mi sello...

Al decir las últimas palabras, sonrió con cierta expresión que también hizo sonreír á Antonia.

—Esto no impide que...

Se calló, mirando á Antonia que, lejos de apartar los ojos, levantó hacia él su enrojecido semblante. Dournof tendió su elegante mano, pero grande y pesada; la joven, sin vacilar, puso en ella la suya con tranquila gravedad.

—Creo—continuó Dournof—que ambos seguimos el mismo camino; tengo intención de hacer algo. Aun no sé lo que haré, pero creo ha de ser una obra útil: ¿me quiere usted ayudar? No porque los caminos estén despejados y la jornada sea fácil; sino porque se necesitan años de valor y de prueba: en tanto vivo pobre y obscuro, nadie tiene fe en mí más que vuestro hermano, el cual me dispensa en absoluto su confianza. ¿Quiere usted infundirme valor cuando me falte, y siempre alegría?

La mano que tenía la de Antonia tembló un poco, á pesar del visible esfuerzo que Dournof hacía para aparecer tranquilo. Antonia miró al joven y le contestó:

—Lo quiero.

—Piénselo bien—repuso procurando contener la emoción;—en la actualidad no puedo ofrecerle ni pan ni hogar. No puedo pedirla por esposa hasta que tenga asegurado con qué vivir.

—Usted lo dice todo en seguida; yo poseo algún capital.

—Precisamente basta eso para que yo no pueda pretenderla hasta que posea un capital igual al suyo. ¿Qué dote le darán?

—Treinta mil francos—repuso la joven sin admirarse por la pregunta.

—Pues bien, es necesario que tenga una colocación que cuando menos me produzca la renta de ese capital. Es poca cosa—añadió sonriéndose—y la tendré pronto, en seguida que me licencie. Pero hay que esperar, esta plaza no será más que una aproximación hacia otra cosa. Los años de trabajo y de prueba serán largos.

—Esperaré—dijo Antonia sin turbarse.

Dournof la miró con éxtasis; aquella mirada pareció lanzar sobre la joven una bendición, tan grave y tierna era á la vez.

—Yo la amo—dijo—la amo tanto, que si usted me hubiese rechazado, renunciaría á mi sueño.

—¿Qué será usted?—preguntó Antonia.

—Abogado.

La joven le miró con algún asombro. En aquella época, la organización de los tribunales aun se hallaba en proyecto, los abogados casi no existían más que de nombre. Bajo esta denominación no eran conocidos más que los abogados consultores, especie de hombres de negocios generalmente poco estimados.

Dournof le explicó las reformas que entonces se proyectaban, y el puesto que podría alcanzar en el nuevo orden de cosas, el hombre que tuviese talento, voluntad y el valor necesario para imponerse.

—Piense usted—añadió—que hasta la fecha todo está en brazos de la arbitrariedad, que los hombres de bien son expoliados por los pillos, que los que piden justicia nunca la suelen obtener. Es completamente indispensable que en este caos penetre la luz

y el Czar es el primer interesado en que así suceda; por lo tanto, figúrese usted cuán grande será la importancia del que obtenga para los desgraciados el derecho de que se les haga justicia.

—¿Es usted ambicioso?—preguntó Antonia con sencillez.

Dournof enrojeció, respondiendo en seguida:

—No, si lo fuese, querría trabajar solo y yo no puedo vivir sin usted.

—Esperaré—repuso Antonia.—Desde ahora le pertenezco.

El joven ni aun dijo gracias; aquellas almas fuertes se habían comprendido sin hablar. El estrechó con fuerza la mano que sujetaba, después la dejó caer.

—Es preciso no decirlo á nadie ¿no es así?—preguntó la joven continuando el camino de la casa.

—Usted es quien ha de decidirlo. Si cree que sus padres me han de acoger favorablemente...

Antonia no pudo reprimir una sonrisa; la nulidad de sus padres y la frívola benevolencia de su madre le inspiraban esa especie de afección que se siente por los seres irresponsables y desprovistos de buen sentido, y repuso:

—No le acogerían favorablemente; esperemos.

—Como usted quiera.

Llegaron á la casa sin cambiar una palabra más.

Desde aquel día la señorita Karzof ya no tuvo por qué inquietarse por la salud de su hija. Antonia recobró su grave alegría, reapareciendo los colores en sus mejillas. Únicamente tué poco á poco abandonando los trabajos recreativos, por otros más serios. Quiso aprender á cortar, á coser y á remendar.

—¡Dios mío, qué joven tan original!—le decían sus compañeras.—¿Qué placer puedes encontrar haciendo remiendos?

Antonia era la primera en burlarse de estos tra-

bajos tan poco elegantes, pero no los abandonó, llegando á ser muy hábil en ellos. El invierno reúne con frecuencia á los jóvenes; en aquella época se bailaba en Rusia prodigiosamente. Todo servía de pretexto para entregarse al baile, y hasta sin él, muchas familias tenían señalado un día en donde los jóvenes se reunían para bailar desde las siete de la tarde.

La más brillante de aquellas reuniones era la de la señora Frakine. ¿Cómo se las arreglaba para hacerla tan agradable y proporcionar tantas distracciones á los concurrentes poseyendo una renta tan reducida? Es un problema que nadie pudo nunca resolver. Tal vez la buena señora escatimaba su comida para pagar el alquiler de una buena casa; tal vez vendía ocultamente sus últimas alhajas de familia para atender á los gastos del alumbrado de aquel salón que se llenaba los sábados; lo cierto es que en ninguna parte se bailaba con tanto gusto ni se cenaba con tan buen apetito.

La cena se componía de enormes rodajas de pan moreno y blanco, artísticamente cortadas y puestas en bandejas de porcelana inglesa, de un poco de manteca fresca, traída del campo una vez al mes y conservada con cuidado en la nevera, de algunos arenques en salsa rodeados de perejil y ajos machacados, y de una inmensa ensalada de patatas y remolachas. Un poco de queso daba fin á aquel frugal menú digno de un cenobita.

Pero estaba tan bien servido, la mesa tan bien presentada, y se ofrecía de tan buena voluntad que la hermosa juventud, más hambrienta de placeres que de golosinas, agradecía el obsequio con entusiasmo y después de la cena volvía á bailar con tanto placer como antes.

A eso de las dos de la mañana, la señora Frakine se presentaba en el salón con una escoba enorme,

era lo que llamaba su cetro ceremonial, y lo empleaba para despedir á los bailarines. Todos la rodeaban pidiéndole por favor un cuarto de hora más para bailar una contradanza. Se negaba agitando su formidable escobón, entonces un atrevido se sentaba al piano tocando un vals; la señora Frakine y su escoba, arrastrados por la juventud, daban vuelta al salón, luego se reía, fatigada, con la cofia puesta de través sobre sus blancos cabellos, y dejábase caer sobre un canapé. Era la señal de despedida; todo el mundo se acercaba para despedirse de ella, deseando volver al sábado siguiente.

—¿Por qué la buena señora, sin esposo, sin hijos, gastaba de aquel modo lo mejor de su reducida renta para divertir á personas que nada le importaban? Ella lo explicaba con una frase y nadie podía rebatírsela.

—Esto me divierte—decía:—hay personas que les agrada el tabaco, otras que encienden cirios, otras que gastan todo su dinero en médico y botica, á mí me divierte la juventud, su presencia me regocija.

En aquella casa, era donde durante el invierno y con entera libertad habían podido hablarse Antonia y Dournof. La señora Karzof, acompañada por la vieja criada, enviaba á su hija á casa de su vecina, la vieja iba á buscarla á eso de las doce, y en unión de otras esperaba, medio durmiéndose sobre las banquetas, á que la fiesta terminase.

Desde hacía cinco ó seis años la señora Frakine recibía en esta forma media centenar de jóvenes de ambos sexos y muchos matrimonios se proyectaron y realizaron en aquel salón; también se desarrollaron muchas fantasías pasajeras, y más de una cabeza loca se llenó de humo.

Volvió el verano. Juan Karzof llevó nuevamente al campo á su compañero de estudios, y los prometi-dos reanudaron sus paseos desde la casa á la escuela.

La señora Karzof se fijó muy poco en la buena inteligencia que había entre ellos; ponía tanto interés en enviarles juntos á dar un paseo ó á hacer una excursión, que más de una vez creyeron que conocía sus proyectos y no se mostraba contraria á ellos.

Tan convencida de esto estaba Antonia que á Dournof le costó algún trabajo evitar revelase á su madre toda la verdad.

—Dejadlo estar—le dijo;—si la madre de usted nos es favorable, no nos dirá nada, pero si usted se equivoca nos puede separar, al menos hasta el día en que yo la pida por esposa; ¿y entonces qué haríamos?

La idea de una separación, aunque sólo fuese temporal, era demasiado sensible para que Antonia no cediese ante ella.

Los jóvenes eran felices habitando bajo el mismo techo, viéndose todos los días, trabajando por separado por el fin que debía reunirles: aquella felicidad, aunque modesta, les regocijaba, y Antonia nada dijo á su madre.

Una prueba muy penosa les esperaba. Durante el segundo invierno murió el padre de Dournof y el joven tuvo que partir para poner en orden sus asuntos.

La separación, que á lo sumo debía durar un mes, se prolongó cinco. Dournof tuvo que instalar á su madre y á dos hermanas mayores que él, en una casa más modesta, pues en Rusia el Estado da buena vivienda á sus funcionarios. La señora Dournof y sus hijas lanzaron dolorosos suspiros al ver la pequeña casa de madera reemplazar á la magnífica que antes habitaban.

Antonia y su prometido habían resuelto no escribirse más que en el extremado caso de peligro; pero la separación se prolongaba, y fué preciso recurrir á la correspondencia: la joven se decidió á confiar su secreto á la vieja criada.

Nadie sabía su nombre, se le llamaba por el genérico de *Niania*. Nacida en casa de la madre de la señora Karzof, tenía treinta y siete años al casarse ésta; la joven desposada la recibió como regalo de su madre, lo mismo que si se tratase de uno de los muebles y no el menos hermoso de hermoso de su equipo. La *Niania* había visto nacer numerosos hijos de su ama, habiéndoles cuidado á todos, pero fueron muriendo á poco de nacer, no quedando más que Juan y Antonia, á los cuales adoraba lo mismo que á Dios, y si le hubiesen dado á elegir, entre su salvación eterna y la vida de uno de los dos, sin vacilar se hubiese condenado.

Era á Antonia á quien más quería; era niña y por consecuencia los cuidados debían ser más minuciosos y más continuos, y además Antonia permanecía en la casa en tanto que Juan, estudiando en un colegio, pasaba casi todo el día fuera de ella.

Desde que nació Antonia fué *Niania* la encargada de llevarla á paseo, vestirla, lavarla y acostarla, en una palabra, iba detrás de ella como si fuese su sombra. Era ella quien había hecho despedir á muchas criadas; amas de gobierno que tomaron el partido de marcharse, puesto que no podían hacer que la despidiesen á ella; las luchas, las querellas que armó en la casa fueron considerables. Todo el que molestase ó enojara á Antonia era puesto en la calle, no había medio que no pareciese aceptable á *Niania*, siempre que con él lograrse el resultado que se proponía.

Los profesores y las institutrices acabaron por abandonarla, y Antonia tuvo por sí sola que formar su carácter, que fué muy entero y resuelto. Si no se convirtió en déspota era por tener un claro juicio de lo justo y de lo injusto; pero por lo demás, de su propia voluntad se hizo una ley.

Aquella firmeza la salvó del capricho, defecto co-

mún de sus compatriotas, que aduladas de continuo, no hallan límites á su fantasía, ni tienen reglas que regulen su existencia. Si Antonia se formó una inteligencia firme, sólo á ella lo debía.

Por muy segura que estuviese del ciego cariño de su *Niania*, en su interior temblaba el día en que se resolvió á confesarle su amor por Dournof. La vieja la oía con los brazos caídos, como convenía estar ante sus amos, la cabeza baja y la actitud respetuosa.

—¿Y bien, qué?—dijo cuando Antonia concluyó de hablar—¿tú amas á ese joven? ¿Por qué no, si es un hombre de bien?

—¡Pero mi madre tal vez no lo quiera!—dijo Antonia sorprendida por no hallar oposición.

—Si le amas, eso nada importa, tu madre no querrá hacer sufrir á su querida hija. Unicamente te pido, mi querida niña, que seas prudente, y no dejes que él se te acerque...

Antonia la miró con tanta severidad que *Niania* perdió las ganas de seguir haciendo advertencias.

—Está bien, está bien—añadió.—Lo esencial es que te cases con el elegido de tu corazón. Tu madre, que Dios conserve, no estaba tan contenta cuando se casó con tu padre... ¡lloró mucho!...

—¿Tú te acuerdas?—preguntó Antonia con viveza.

—¡Sí! amaba á otro, á un arrogante oficial de finos bigotes, que venía á la casa.

—¿Y bien?

—¡Qué quieres que te diga! se consoló... tu padre es un buen hombre, por lo demás nada hay que decir, y tu madre ha sido para él lo mismo que las niñas de sus ojos. Siempre ha hecho lo que ha querido.

Antonia alimentó en el fondo de su corazón la esperanza de que su madre, privada en su juventud de casarse con el hombre á quien amaba, se compade-

cería de su situación; sin embargo, se conformó en esperar en silencio. *Niania* se encargó de llevar al correo y de recoger la correspondencia de los novios, mostrando en esto mucho interés y destreza.

La mañana del día en que Antonia se mostraba tan impaciente, había recibido cuatro letras de Dournof anunciándole su regreso para aquel mismo día. Así es que las horas le parecían demasiado largas.

UNIVERSIDAD DE INIBRO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
WALFORD H. 100
1911

II

La campanilla resonó en la antecámara; Niania corrió á abrir y por la puerta que quedó entreabierta, Antonia oyó estas palabras:

—¡Ya habéis vuelto, Feodor Ivanik, halcón nuestro, águila blanca! ¡Qué Dios os dé buena salud! ¡La señorita se moría de impaciencia!

—¿Está en casa?—repuso la voz grave de Dournof.

—Sí, sí, está en casa y sola, os espera en el salón.

Dournof avanzó con rapidez los pocos pasos que le separaban de la puerta, la abrió de par en par, y quedóse parado.

Antonia, de pie, inmóvil, de espaldas á una ventana, alumbrada por la luz del sol que ponía á sus contornos un marco de oro, le esperaba, sin atreverse á avanzar hacia él. Hasta entonces no había sentido más que el contacto de su mano, ¿cómo contener el impulso irresistible que le arrojaba en brazos de su prometido?

No tuvo tiempo de reflexionar, de repente se sintió estrechada por unos brazos, con tanta fuerza, que le hicieron mal; su cabeza estaba inclinada sobre el pecho de Dournof, quien cubría de besos sus cabellos. La criada cerró la puerta del salón, y salió murmurando una bendición para ellos.

—¡Mi luz, mi vidal— decía Dournof en voz baja estrechando contra sí la cabeza de Antonia, que aca-

riaba con una mano tan dulce que parecía paternal —¡cuánto he sufrido sin ti!

La separó un poco para contemplarla mejor, y guardó silencio; pero su sonrisa demostraba lo mucho que la quería.

—¿Cómo lo ha pasado usted durante este largo tiempo de ausencia?—dijo acompañándola á un sillón donde se sentó la joven mientras él se acomodaba en una silla.

—No sé explicarme, ha sido como una noche muy larga. He trabajado mucho—repuso Antonia.

—¿En qué?

—En nuestros trabajos de escuela; he preparado lecciones para los niños de la aldea; no es cosa fácil de explicar ni aun las cosas más sencillas á inteligencias tan poco desarrolladas. Me ha costado mucho trabajo hacerles comprensibles algunas nociones... Pero, ya hablaremos de ello. ¿Y usted qué ha hecho?

Dournof pasó la mano por su frente como para disipar algunas preocupaciones.

—He leído papelotes y firmado muchas cosas, luchando contra la mala fe de unos y la oficiosidad de otros... me ha costado mucho trabajo arrancar á tantas manos rapaces los restos de mi patrimonio; he instalado á mi madre y á mías hermanas en una casa regular, y aquí estoy... pero Antonia, escúcheme usted bien, yo no puedo separarme de usted.

Ella le miró, y sus ojos dijeron con claridad, que tampoco quería separarse.

—Voy á pedir su mano á sus padres; no soy rico, muy lejos de ello, pero tengo con que vivir con mucha humildad durante cinco años; en este tiempo habré adquirido una posición digna de usted, estoy seguro de ello.

Se levantó, su robusto pecho dilatado por el placer y la esperanza, respiraba con ansiedad, sus ojos brillaban, tenía el semblante colorado por el vigor de

su naturaleza, sus cabellos ondulados caprichosamente y que echaba hacia atrás, dejaban al descubierto una frente despejada reveladora de una inteligencia firme, enérgica é indomable.

—¿Tiene usted miedo á la pobreza?—preguntó á Antonia.

La joven respondió con un ademán de cabeza, y una sonrisa llena de orgullo y de confianza.

—¿Y sus padres opondrán seria resistencia?

—Es probable.

—¿Entonces?

—Nada nos separará—dijo Antonia en voz baja inclinando la cabeza.

—Tal vez nos quieran hacer esperar...

—Esperaremos...

Dournof volvió á sentarse lanzando un suspiro.

Antonia hablaba de esperar; en efecto, para ella esperar no era cosa tan dura, vivía en la casa paterna, en donde reinaba la comodidad; trabajaba según sus gustos, rodeada de objetos de su agrado... la vida le era fácil. Pero para él era muy diferente.

Dournof miró al suelo, y á su fatigado cerebro acudieron pensamientos muy tristes; vió el porvenir de su vida solitaria.

Vivía en una habitación triste, en donde nada le hablaba de la presencia de una mujer amada, un cuarto alquilado y con esto basta; allí nada había agradable ni á la vista ni al tacto. Ningún recuerdo en aquellas paredes tapizadas con un papel cualquiera, únicamente el retrato de Antonia. La comida solitaria, solo al levantarse, la soledad por todas partes, y especialmente en las horas del trabajo... ¡trabajo que hubiese sido tan dulce al lado de ella! ¡Cuánto no hubiese embellecido la presencia de Antonia aquella triste mansión! Además, dejando á un lado el egoísta interés, el pequeño capital aportado en dote por la joven hubiera contribuído al bienestar

del matrimonio. Cuando menos no sería la habitación alquilada la que hubiesen habitado juntos, un hogar pequeño, modesto, en donde la mano de la esposa imprime por todas partes su sello delicado y santo.

Antonia apenas hubiera notado esta diferencia de vida, no conocía más que la poesía. La pobreza de los campesinos de su aldea le era familiar, y ella endulzaba los pesares de aquellos infelices por todos los medios que tenía á su alcance. Pero la pobreza de un hombre de su clase debía serle, y en efecto le era muy diferente, éste le parecía completamente consolado por el estudio, las alegrías de la inteligencia y su mutuo amor.

Dournof lanzó un nuevo suspiro y levantando la cabeza miró á Antonia con pesar.

—¿Qué hacer?—dijo esforzándose por sonreír.— Esperaremos, pero, ¿si sus padres persisten en su negativa?

—No son lobos—dijo Antonia fingiendo alegría;— me aman y acabarán por consentir. Y además, ¿quién sabe? ¡tal vez consientan en seguidal

Dournof no lo creía así, y no necesitó decirlo. Además, entre aquellos dos seres graves y orgullosos, las mentiras, hasta las que por caridad pueden decirse, para evitarse mutuamente un pesar, eran desconocidas. Su amor estaba cimentado en una estimación sin límites, y esto era lo que le hacía fuerte.

—Antonia—dijo el joven después de una pausa,— siento el haberos unido á mí, debí comprender que no tenía derecho á hablar hasta poseer una morada que ofreceros... pero era demasiado joven para saber...

—Yo no lo siento—dijo Antonia tendiéndole la mano.

La tomó y estrechó; pero sin llevarla á sus labios, Estaba seguros uno de otro y temiendo enternecerse evitaban las caricias.

Un coche se detuvo debajo de las ventanas y se alejó al poco rato.

—Es mi madre—dijo Antonia;— hoy ha ido á hacer visitas en unión de mi padre ¿Quiere usted hablarles?

Dournof abrió los brazos, y la cabeza de Antonia se apoyó un instante en su hombro.

—Ocurra lo que quiera ¿quedamos unidos para siempre?—preguntó.

—Para siempre—respondió Antonia con firmeza.

Llamaron, Niania corrió al salón á fin de avisarles, pero ellos no tenían ser sorprendidos.

El señor y la señora Karzof entraron poco después demostrando su satisfacción por ver al joven después de su larga ausencia.

La señora Karzof era mujer de unos cuarenta y cinco años, pequeñita, regordeta y activa, inteligente y torpe á la vez, como son muchas de las mujeres rusas de su clase; inteligente para todo lo que le rodeaba y tenía intervención en su vida, absolutamente torpe cuando se trataba de un asunto que no le pertenecía.

Era buena y quisquillosa, generosa y tacaña, capaz de privarse de todo por consolar una desgracia, y también capaz de dejar morir de hambre ante su puerta á un infeliz en cuya pobreza no creyese, haciéndole luego enterrar á su costa y deplorando su error, pero también incapaz de corregirse con una lección semejante.

La señora Karzof amaba á su hija y la perseguía sin cesar; á Antonia le gustaba el color azul, su madre le hacía llevar el rosa bajo pretexto de que sienta bien á las jóvenes. La moda imponía el peinado liso, pues obligaba á Antonia á aplanar el cabello sin cuidarse del aspecto que podía prestar á su semblante, al que no sentaba bien este peinado.

Antonia detestaba la sociedad, atildada y murmu-

radora de los empleados de la clase media á donde la llevaba su madre, en cambio amaba la libertad y el buen tono que reinaba en casa de la señora Frakine. Su madre hubiese deseado todo lo contrario; pero si con frecuencia la impedía asistir al baile, nunca la prohibió concurrir á los sábados de la buena señora. En cambio á ella le molestaba aquella reunión por su sencillez y franqueza y por eso dejaba que Antonia fuese con la criada. La joven estaba muy lejos de quejarse de ésto. El año anterior encontraba allí á Dournof; pero el luto de este y su ausencia le impedían asistir aquel invierno, con gran pesar de toda la juventud, pues Dournof, con su seriedad para ver las cosas, era querido de todo el mundo.

La señora Karzof había acostumbrado á su hija á no hacer mucho caso de sus decisiones; por más que Antonia nunca dejase de dar á su madre exteriores muestras de respeto, ésta sentíase molestada por el juicio de su hija, y más de una vez y no sin acritud se lo dijo; Antonia siempre respondió con dulzura y cortesía; pero una firmeza inquebrantable se ocultaba bajo aquella sumisión aparente; y la señora Karzof, que lo comprendía, volvía á la carga con el decidido empeño de hacer á su hija feliz á pesar de ella, á divertirla contra su voluntad, á vestirla contra su gusto ¡y todo por su bien!

Karzof era un buen hombre, es todo lo que de él puede decirse, en atención á que nadie pudo oír nunca más concepto que este. Mecánicamente cumplía su obligación en el ministerio, visitaba á sus superiores, cobraba su sueldo, comía, paseaba y dormía á sus horas reglamentarias, que no le gustaba variarlas y en todo se sometía al juicio superior de su mujer, con lo que daba la mayor prueba de inteligencia que podía dar.

—Y bien, Feodor Ivanik—le dijo la señora Karzof quitándose el sombrero después de acomodarse

en un sillón—¿qué va usted á hacer ahora? ¿Entrar en cualquier ministerio ¿no es así?

—No, señora mía, no pienso hacerlo.

—¿Pues qué quiere usted hacer?—preguntó Karzof con asombro. La idea de que un hombre no pensara colocarse en un ministerio le sublevaba.

—Quiero prepararme aún uno ó dos años para abrazar una carrera que es poca conocida...

—¡Qué ideal!—exclamó el buen hombre—¡haga usted como todo el mundo!

—¿Se puede saber qué carrera es esa?—agregó sonriéndose la señora Karzof.

—¿Por qué no?... no hay por qué hacer de ello un misterio. ¿Ya saben ustedes que el año que viene se abren los tribunales verbales?

—Sí, sí, en donde se resolverán los asuntos en seguida... ¡que estupidez!

—El tiempo nos demostrará si efectivamente es ó no una estupidez—dijo Dournof, mucho más hablador que en otras circunstancias lo hubiera estado—pero entre tanto es una institución que no existe en Francia ni en Inglaterra, creo que Alemania tampoco la tiene.

—A mí no me hace falta—exclamó Karzof con dignidad.

—... Es una institución que permitirá que cada cual pueda resolver sus asuntos sin esperar veinte ó treinta años como ahora sucede. Antes de un año la veremos funcionar.

—Sí,—dijo Karzof dirigiéndose á su mujer,—ya lo sabes: en Litéinaña han construído un palacio magnífico con una escultura sobre la puerta, representando el juicio de Salomón. ¡Qué sandez! ¡Eso no funcionará diez veces!

—Pues bien, Feodor Ivanik, ¿qué relación hay entre el juicio de Salomón y vuestra negativa en ser empleado?—preguntó la señora Karzof.

—Es que se necesitarán jurisconsultos libres para examinar rápidamente los pleitos y aconsejar á los clientes, y después harán falta abogados para defender las causas ante los tribunales criminales y civiles.

—¿Los abogados? ¿esos que en los asuntos suelen llevar un tercio ó cuarto de participación, y que cobran de ambas partes?—dijo la señora Karzof con desagrado.

—No; esos de quien usted habla son los abogados antiguos; de quienes yo hablo es de los nuevos.

—¿Se les pagará por hablar?—preguntó Karzof.

—Precisamente.

—¿Y usted quiere ser uno de ellos?

—Usted lo ha dicho.

Los esposos se miraron con una especie de burlona conmiseración para el joven.

—¿Se ganará dinero con este oficio?—preguntó Karzof.

—Seguramente.

—Pues bien, cuando usted lo haya recibido vendrá á enseñárnoslo, tengo curiosidad por verlo—dijo riéndose aquel bonachón á la vez que miraba á su mujer que también se puso á reír.

Todo esto prestaba poco valor. Antonia, que no había abierto la boca desde que llegaron sus padres, fijó sus ojos sobre Dournof para ver la impresión que le producía; él le respondió con una mirada llena de valor y de ternura.

—¿Quien viva lo verá—dijo el joven á los esposos. ¿Entre tanto serían ustedes capaces de negar la mano de su hija al hombre que esté resuelto á hacer una fortuna rápida y brillante, aunque por el momento posea muy poca cosa, exceptuando su buena voluntad?

—¡Dios mío, qué quiere usted decir!—exclamó la señora Karzof.—¡Dar á Antonia á un hombre sin fortuna, eso sería una locura!

Antonia se volvió hacia su madre.

—¿Aunque su hija de usted le amase?—preguntó con dulzura.

—Gracias al cielo, espero que te he educado lo bastante bien para que no tengas semejantes caprichos—repuso la madre con una acritud que nada bueno prometía, y á la vez lanzó sobre Dournof una mirada de desagrado.

Este, viendo que le era necesario hablar, se puso en pie.

—Señores—dijo:—desde hace dos años yo amo á su hija, he tenido tiempo para comprender que no le soy indiferente, y les aseguro que conmigo no sería desgraciada. ¿Quieren ustedes dármele por esposa y bendecirnos?

—¡Después de lo que V. ha dicho! pero amigo mío, eso sería una locura!—exclamó la señora Karzof.

—¡Una locura!—repitió el esposo.

—Confieso que he cometido un error al quererme casar en seguida; pero estoy seguro de alcanzar un porvenir brillante, y tendría más valor si Antonia me ayudase estando á mi lado, recorriendo juntos el camino.

—Entre usted en un ministerio, y ya hablaremos—dijo la madre.

—En un ministerio, joven—añadió el padre;—allí solamente se pueden conquistar honores y fortuna—y con su mano tocó la cruz de Santa Ana que llevaba pendiente del cuello con una cinta larga, paseando su mirada por el salón para aludir á su fortuna.

Dournof reprimió una sonrisa de desprecio.

—Si Antonia quiere que entre en un ministerio estoy pronto á obedecerla. Diga ¿lo quiere usted?

Hablaba con tanta amargura, que ella estuvo á punto de decir que sí, pero tuvo miedo de contrariarle. Sabía que él la amaba por su paciencia, su perseverancia y energía moral, y que dejándose arras-

trar por una debilidad perdería ante sus ojos. Con el corazón oprimido, aparentando hallarse tranquila, fijó sus ojos sobre él y le dijo con resolución:

—No.

—¡Has perdido la cabeza!—exclamaron los esposos, dando principio á una escena que duró dos horas y media—¡Entre usted en un ministerio!—Tal era el primero y último argumento.

—¡Perol—objetaba Dournof—si me consagro al servicio del Estado, no podré ocuparme de las cuestiones de derecho en las que cifro mi porvenir! ¡No es para emborronar papel en una oficina para lo que he estudiado durante ocho años!

—Usted puede hacer las dos cosas á la vez—decía Karzof, como postrera concesión;—en mi oficina hay un joven muy inteligente, que escribe comedias para el teatro ruso, es decir, las arregla del francés, y esto le produce mucho. Ha sido condecorado, y el año último se le dió una gratificación.

—¿Por servir al Estado ó por las comedias?—preguntó Dournof.

—No... no... lo sé, no es asunto mío—repuso Karzof desconcertado.

—Usted está empleado en el ministerio de Justicia. ¿Cree que ese joven condecorado se ocupa á conciencia de los asuntos del ministerio cuando tiene que ensayar una obra? ¿No se va de la oficina antes de la hora y llega con retraso? ¿Sufriría usted esto de un hombre que no hiciese comedias?... No, señor Karzof, el que quiere servir al Estado y por consecuencia á su país, debe entregarse con todas sus fuerzas á un solo objeto, el que ha elegido. Yo he elegido un camino diferente, y voy á ser más útil á mi país que si durante muchos años me consagrare á ser escribiente... Además, yo no quiero robar al Estado cobrándole un servicio que le prestó mal... y no quiero tampoco romper mi carrera consagrándome á

un servicio para el cual no tengo ni vocación ni aptitudes.

Había hablado con tanto calor, con tanto fuego en los ojos, que los Karzof se quedaron sorprendidos.

—¡Está muy bien, está muy bien! veo que piensa usted con nobleza—dijo Karzof.

—¿Entonces me concederá usted la mano de Antonia?—preguntó Dournof con esperanza.

—Nunca, mientras no piense usted de otro modo—repuso la señora Karzof.—Sus pensamientos y su modo de proceder son muy nobles, pero no existe felicidad sin riqueza. Mi madre me casó con Karzof al cual yo no amaba (miró afectuosamente al asombrado viejo), prefería á un jovencito que me había trastornado el seso; ¡pues bien, siempre me he congratulado por haber tenido una madre tan previsora, pues con mi esposo nunca me falta nada, en cambio, con el otro me hubiera muerto de hambre.

—¿Ustedes me prohíben esperar por ahora?...—preguntó Dournof.

—¡Entre en un ministerio! Y en cuanto consiga una colocación, aunque sólo sea de mil quinientos rublos, le daremos á Antonia, y esto en atención á que es usted un buen muchacho, al que conocemos hace mucho tiempo y además es el amigo predilecto de nuestro Juan; pues nunca habíamos pensado en un yerno de tan poco capital. Antonia puede cuando menos pretender á un coronel, por no decir á un general.

—¿Cuándo yo tenga mil quinientos rublos de renta me la darán ustedes?—preguntó Dournof dispuesto á retirarse.

—Únicamente si entra usted en un ministerio, pues ya lo sabe usted, Féodor Ivanik, las administraciones particulares viven y mueren, las consultas y todo lo demás tiene sus subidas y bajadas; ¡únicamente el servicio del Estado es eterno!

—¡Como la bestialidad humana!—pensó Dournof.—Pues bien, sea—añadió en alta voz,—ustedes saben que soy un hombre serio y no me cerrarán las puertas de su casa ¿no es así?

—Porque pues...—comenzó diciendo Karzof. Su esposa le interrumpió. Desde hacía un instante estudiaba á su hija, notando con placer que su exterior no revelaba ninguno de los signos en los cuales se adivinaba á una joven enamorada. Ni lágrimas ni suspiros, ni exclamaciones ni lamentos; las mejillas de Antonia ni siquiera palidieron; es verdad que su cutis moreno y poco coloreado, no solía variar ni aun sufriendo grandes emociones; pero la señora Karzof, que en semejantes circunstancias había llorado mucho, era incapaz de adivinar la tempestad que se ocultaba bajo aquel aspecto indiferente.

—Porque—repuso—nuestro Juan dice que usted es para él un amigo inestimable, el amigo de nuestro hijo será siempre bien recibido en esta casa. En cuanto á Antonia, este pensamiento no tardará en abandonarle, es una joven prudente, sabe que la queremos y nunca ha sido terca.

Aquí la señora Karzof mentía á sabiendas: pues lo menos una vez al día llamaba terca á su hija; pero no creía prudente hacérselo saber á un extraño, y menos aun al joven que tal vez pudiese convertirse en su yerno.

Antonia iba á responder, un signo de Dournof le hizo guardar silencio. Mientras les permitieran verse la vida les sería soportable. El joven estrechó la mano de los padres, después la de Antonia; aquel apretón equivalía á un juramento; luego salió diciendo:—¡Hasta la vista!

—¿Qué quiere decir con esto?—exclamó Karzof con severidad.—¿Cómo has permitido semejante cosa?

—Déjame, es asunto mío—repuso su mujer—yo hablaré con Antonia y será mejor. Una madre sirve

mejor para hablar á las hijas y el padre á los hijos; esto es cosa del orden natural instituido por Dios y por las leyes.

Después de esta hermosa frase, Karzof murmuró con majestad:—Está bien—y se fué á poner su traje de casa, por el cual hacía rato que suspiraba.

La señora Karzof llevó á su hija á su habitación y allí, mientras se quitaba su traje de etiqueta, no sin lanzar infinitos suspiros, interrogó á Antonia ¿cuándo? ¿dónde? ¿cómo había empezado aquel amor! ¿Qué le había dicho Dournof? ¿Fue siempre respetuoso?

—Nunca me ha besado la mano—repuso la joven con frialdad.

—Es que la pureza virginal... La buena mujer habló de ella durante dos horas. Al terminar el sermón añadió:

—Todo eso son tonterías; una joven no ha de casarse con un hombre sin fortuna, con un filántropo;—esta palabra designaba para la buena mujer una especie de innovadores muy peligrosos;—hay que casarse con un hombre de posición, con un general, con una *estrella* de la fortuna se es feliz; al menos se tiene la seguridad que los hijos no han de morir de hambre.

La señora Karzof predicaba en desierto.

Sus egoístas razonamientos eran letra muerta para Antonia; amaba, y esto era suficiente para hacerla sorda á todos los consejos; además, había oído repetir tantas veces esas máximas, que formaban parte de una especie de catecismo para el uso de las madres de familia pertenecientes á la clase media, y de antemano estaba ya *curada de espanto*. Nada de augusto, de elevado salía de labios de la señora Karzof. Antonia sufría oyéndola; hubiese querido venerar á su madre, y no podía hacer otra cosa que amarla como á tal.

La joven recibió con paciencia aquella ducha de buenos consejos y prudentes advertencias; después le besó la mano y se fué á su habitación para estar sola y reponerse de tantas emociones como había sufrido; pero la soledad no la animó, pues como final de todas las pruebas que el destino le reservase no veía brillar ningún rayo de esperanza.

III

La reunión de la señora Frakine estaba en todo su apogeo; en el gran salón, tapizado de bronce mate y alumbrado por bujías, había una veintena de jóvenes y unas doce muchachas casaderas, entregándose á los placeres del baile, sin rendirles la fatiga; verdad es que á su edad suele ignorarse qué cosa es el cansancio. Un criado entró llevando una bandeja llena de vasos y tazas de te.

—¡Llévate eso, no queremos té!—dijo uno de los que bailaban—eso impide bailar; ya lo tomaremos, ahora aun está muy caliente.

—¡Pero ustedes tendrán sed!—dijo desde el comedor la señora Frakine ante un *samovar* gigantesco, en unión de dos ó tres mamás.

—¡Beberemos *kwas!*—repuso una joven.

—Y además usted nos dará de cenar ¿no es así?—exclamó desde lejos otra voz masculina.

—Sí, hijos míos, como de costumbre.

—¿Y habrá queso?

—¿Y arenques?

—Sí, y fiambre de vaca—concluyó triunfalmente la señora Frakine.

Al anuncio de tan delicioso festín, la gente joven empezó á dar saltos, y la buena señora explicó á las asombradas mamás aquel lujo extraordinario: aquella mañana había recibido de sus tierras un cuarto